



Capítulo 324 - Akane acorralada

Una tos repentina, húmeda y seca rompió el silencio cargado.

El nombre, «la Emperatriz», fue una llave que giró en una cerradura en la mente de Akane, una cerradura que ella no sabía que existía. Le quitó el aire de los pulmones. Se le cerró la garganta y apretó la mandíbula por reflejo.

La punta del pene de Tianlong se clavó con fuerza en la parte posterior de su garganta cuando ella cerró la mandíbula.

«¡Kkhk...!». Sus dientes rozaron la sensible cresta de su glande, con una presión repentina y aguda. Un siseo estrangulado y dolorido se le escapó cuando el mordisco involuntario le provocó un dolor agudo en la columna vertebral.

Akane oyó el sonido, pero no pudo procesarlo realmente.

«¡Khwackk... Ukh...!». Su reflejo nauseoso se convulsionó, y un ruido espeso y desagradable brotó de su garganta al cerrarse sus vías respiratorias durante un instante. Su pecho se contrajo. Intentó inhalar, pero no consiguió nada. El pánico se apoderó de ella, ardiente y ciego.

«N-no... ¿cómo pude olvidarlo?».

Se echó hacia atrás, tosiendo violentamente. La saliva y el líquido preseminal se mezclaron en su boca mientras se apartaba, con la garganta ardiendo.



La cabeza de su pene se deslizó de sus labios con un sonido húmedo y obsceno, y ella se dobló, con una mano apoyada en el suelo y la otra tapándose la boca mientras otra tos seca la sacudía.

Mordió el vacío, con el recuerdo de aquella presión dura y prohibida aún impreso en sus dientes, en su lengua, en la parte posterior de su garganta.

«Cálmate... ¡¿Cómo pude olvidarlo?!». Akane se alejó de él a gatas, como alguien que huye de un incendio que solo ella puede ver.

Sin que ella lo supiera, Tianlong podía entender su commoción y su reacción. Él mismo se había olvidado de aquella mujer, lo que una vez más confirmaba que ella era absoluta.

—Aahh... —Akane se limpió los labios con la muñeca, borrando la saliva y el leve sabor salado de su boca. Sus ojos dorados se abrieron con horrorizada incredulidad. No lo miraba a él, sino a través de él, al fantasma que el nombre había conjurado.

«La Emperatriz... ¡La había olvidado como si...!».

Su respiración se volvió entrecortada, cada inhalación era un jadeo agudo y ateriado que le arañaba los pulmones al darse cuenta.

Akane estaba atrapada en un bucle, abrumada por sus emociones hacia Tianlong. Combinado con el juego mental subconsciente de esa mujer, había olvidado por completo la necesidad de recordar a la Emperatriz Wyrm.

La habitación le parecía demasiado pequeña. El aire le parecía demasiado denso. Con una sacudida, se puso de pie y comenzó a caminar por la lujosa



alfombra como un animal enjaulado, moviendo la cola con movimientos agitados y espasmódicos.

«Tenemos que irnos. Ahora», dijo con voz tensa, ahogada por un terror que Arañaba los límites de su compostura.

«... No puedo perderlo». Akane, mirándolo como si fuera el centro de su mundo, tenía claras sus prioridades y comprendía lo urgente que era ya la situación.

«Olvida los círculos internos. Olvida todo este lugar. Tenemos que irnos, y tú tienes que aprender a sellar tu nivel de poder. Yo te enseñaré. Una vez que lo domines, podremos entrar en el reino inferior, pero aquí no podemos hacer nada más».

Sus frenéticas palabras quedaron suspendidas en el aire. Tianlong parpadeó, con una expresión indescifrable, mientras miraba más allá de ella hacia Sabrina, de quien esperaba una reacción tras oír el nombre de este reino.

Sabrina se encontraba a poca distancia, observando la escena como si se hubiera topado con un manicomio.

Sin embargo, dado el anterior intento de envenenamiento, la mención de marcharse y sellar los niveles de poder hizo que sus ojos sospechosos se abrieran como platos.

No tenía el contexto, pero reconoció el aroma del miedo.

«No sabe nada de su propio mundo...». La mirada de Tianlong volvió a Akane y exhaló lenta y deliberadamente.



«No», afirmó con voz tranquila pero absoluta. «Profundizaremos más».

«No puedes», insistió Akane, alzando la voz con urgencia mientras se volvía hacia él, con la protesta clara en su rostro y el pulso aún acelerado en su garganta.

El sabor de él permanecía en su lengua, en un contraste enloquecedor con el miedo que le oprimía el pecho.

Antes de que pudiera enumerar sus razones, una voz sedosa la interrumpió. Xiang se levantó del suelo, moviéndose con una gracia fluida y depredadora.

Ella vio la oportunidad, la grieta en la compostura de Akane, y se deslizó en ella a la perfección.

Los ojos de Xiang se posaron brevemente en el leve enrojecimiento de la punta del pene de Tianlong, luego en los labios húmedos y la postura temblorosa de Akane.

No entendía por qué la mujer zorro se había asustado de repente ni por qué se había apartado cuando lo tenía tan perfectamente en la boca, pero entendió el cambio de poder cuando lo vio.

Se acercó a Tianlong, le rodeó la cintura con los brazos y lo abrazó posesivamente por un lado.

Se apretó contra él, reclamando deliberadamente el espacio que Akane había abandonado. Miró a Akane con una sonrisa astuta y triunfante en los labios.

—Hagamos lo que dice nuestro marido.



La palabra «marido», junto con el gesto, era una reivindicación deliberada, una clara señal de lealtad. La afirmación sorprendió a Akane, cuya furiosa mirada pasó de Xiang a Sylvea.

Esperaba que la elfa, la mujer temerosa, siguiera su ejemplo.

Pero Sylvea no la miró a los ojos.

Zhaoshenya, Sylvea, sabiendo ya quién tenía el poder real en esa habitación, se levantó y se colocó junto a Tianlong.

Tenía la mirada fija en el suelo y una postura de tranquila sumisión. Sus manos se curvaban ligeramente a los lados y sus dedos temblaban mientras intentaba controlar el calor de su rostro.

Aún podía ver, en un rincón de su mente, a Akane atragantándose con su polla, su garganta trabajando, el obsceno sonido húmedo mientras lo monopolizaba, mientras Sylvea solo podía mirar desde un lado, sosteniendo sus testículos en su boca.

Tragó saliva, con la garganta seca, su propio cuerpo respondiendo a ese recuerdo con un lento y vergonzoso latido en lo profundo de su vientre.

«No debería haber mirado. Debería haber mirado hacia otro lado. Pero... quería ser yo. Todavía quiero ser yo».

Se acercó a Tianlong más de lo estrictamente necesario, lo suficiente como para sentir el leve calor que irradiaba su cuerpo.



Sus ojos permanecieron fijos en el suelo, con las mejillas sonrojadas, mientras se negaba rotundamente a mirarlo, o a mirar la longitud aún resbaladiza que sabía que vería si bajaba la vista.

«¡¡¡Esa zorra....!!!». Akane se dio cuenta de que Sylvea estaba en plena fase de pérdida de la cordura, pasando por los mismos síntomas que ella misma había tenido: adicción al pene. Ella todavía lo padecía, aunque se estaba recuperando poco a poco, pero a diferencia de Sylvea, estaba lo suficientemente cuerda como para darse cuenta.

El mensaje era inequívoco: la mascota que Akane creía que era suya, a la que había dominado y casi matado dos veces, ya había elegido a su nuevo amo.

La traición enfureció a Akane, provocando una vorágine de emociones en su interior. Ira, dolor, incredulidad... y, bajo todo ello, un miedo frío y punzante a que todo lo que había construido en torno a Tianlong comenzara a escapársele de las manos.

Pero al ver la expresión inflexible de Tianlong, sintió que su protesta interna flaqueaba.

Era una protesta nacida más de una profunda preocupación y una necesidad desesperada y ansiosa de protegerlo que de un simple desafío, y frente a su tranquila certeza, no encontró ningún apoyo.

—¿Por qué temes a otra persona cuando estás conmigo? —Tianlong extendió la mano, la cerró alrededor de su brazo y la atrajo suavemente hacia él.

Akane tropezó hacia adelante, perdió el equilibrio y su cuerpo chocó suavemente contra la dura pared de su pecho. La cercanía le dejó sin aliento de una manera diferente esta vez.



Podía olerlo: piel cálida, un ligero aroma a especias y el persistente y íntimo olor que le recordaba dónde acababa de estar su boca.

Él colocó su otra mano sobre su cabeza, hundiendo los dedos en su cabello plateado y revolviéndoselo suavemente.

Sus orejas de zorro, que se habían tensado por la alarma, se movieron y luego se aplastaron contra su cráneo, una respuesta instintiva y afectuosa a su caricia que no pudo reprimir.

«N-no... no hagas esto... no me hagas sentir...».

«Nos dirigimos al círculo interior», dijo él, con una voz grave y tranquilizadora que le susurraba al oído. «Y tú no vas a alejarte de mí, esposa mía. ¿Entendido?».

Al oír sus palabras, Akane quiso luchar. Quería gritar. Levantó la mano y curvó los dedos como para empujarlo, para defender su postura, para obligarlo a escucharla.

Pero el calor de su cuerpo, el peso posesivo de su mano en su cabello y la orden inquebrantable de su voz acabaron con su pánico. Su certeza se posó sobre su miedo como un pesado manto, sofocante pero estabilizador.

En lugar de empujarlo, lo abrazó. Sus brazos se envolvieron con fuerza alrededor de su torso, sus dedos se engancharon desesperadamente en la tela de su túnica.

Era la rendición silenciosa y total de una mujer que no podía, y no quería, luchar contra la fuerza de su lealtad y su amor.



Y allí, la última defensa de Akane se hizo añicos...

«Si insistes... entonces iré contigo».

Él permitió el abrazo durante un largo momento antes de dar un paso atrás. Se enderezó la chaqueta y se ajustó la túnica con aire decidido antes de volverse hacia la opulenta pared cubierta de terciopelo.

«Vamos», dijo.

El grupo se movió al unísono, siguiéndolo hacia la pared. A medida que se acercaban, la superficie sólida comenzó a brillar, ondulando como mercurio líquido.

Mariposas negras, nacidas de la sombra y la voluntad, se materializaron en el aire a su alrededor, revoloteando en un enjambre silencioso y etéreo mientras un portal oscuro y hueco se abría en la realidad ante ellos.



Xiang se movió primero, con pasos rápidos y decididos.

Extendió la mano y agarró la de Sabrina.

«¡¿Qué?!».

Los ojos de Sabrina se crisparon con irritación e intentó retirar el brazo.
«¿Qué demonios estás...?».

«Necesito las coordenadas de tu mente», la interrumpió Xiang, con voz suave como la seda y un agarre como el acero.



«¿Qué demonios?», gritó Sabrina, ahora verdaderamente indignada. «¿Estás intentando leer mi mente?».

Pero ya era demasiado tarde. La atracción del portal era irresistible.

Xiang se limitó a reír, con un sonido grave y musical, mientras arrastraba consigo a la ahora furiosa Sabrina, claramente divertida por su indignación balbuceante.

Akane y Sylvea flanquearon a Tianlong a ambos lados, olvidando su anterior conflicto ante su autoridad, mientras todos atravesaban el portal.

Sylvea mantuvo la mirada baja mientras cruzaban el umbral, con las pestañas temblorosas. «Más tarde. Piensa en ello más tarde. Por ahora... solo quédate cerca de él».

Detrás de ellos, la sala de placer se deformó, sus lujosos terciopelos y sedas se retorcían y se plegaban sobre sí mismos, tragados por el vacío mientras todos desaparecían en el quinto círculo interior, hacia los territorios del clan Tigre.